

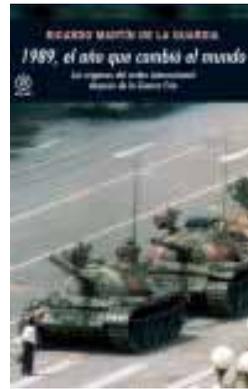
Vasco, visto desde la perspectiva de una historiadora y editora es otro de los aspectos a los que más atención presta Estornes. Así, asistimos a su labor en Auñamendi, empresa familiar en la que entró a trabajar en 1967. Tuvo un destacado papel en la compleja y fascinante elaboración del *Diccionario Enciclopédico Vasco*, una obra tan monumental como pionera de la que, por cierto, se nutrieron muchas de las enciclopedias que otras editoriales publicaron posteriormente, ya fuera en euskera o castellano. Es significativo cómo Auñamendi inventó de la nada una metodología propia: la búsqueda de especialistas que pudieran escribir las entradas, la autoelaboración de las mismas cuando era imposible encontrarlos, los ficheros, las imágenes, las correcciones, los añadidos... Todo ello se llevó a cabo tanto en la época en la que todavía no se usaban los ordenadores personales como luego, durante la progresiva introducción de la informática en la profesión. Se trató de una empresa que tardó décadas en completarse, cerrándose con el acuerdo de digitalización de la Enciclopedia con la Sociedad de Estudios Vascos, que para Estornes tuvo un resultado agrídulce.

Un último apunte merece el análisis que la autora hace del mundo cultural en el País Vasco y especialmente de los cambios de calado en el sector editorial durante la etapa democrática. Así, se estudia la expansión de la (generosamente subvencionada con dinero público) industria cultural asociada a la «izquierda *abertzale*», cuya competencia desleal ha perjudicado en ocasiones a las otras editoriales (y no tan subvencionadas). La politización e instrumentalización económica de la cultura en euskera, un tema casi tabú en Euskadi, aparece con toda su crudeza. «Caí en cuenta de que, para algunos –demasiados– la lengua se había convertido en un negocio, el *único negocio*» (p. 522).

Cómo pudo pasarnos esto interesa al lector medio, pero, desde luego, interesará mucho más al especializado, ya que en sus páginas el historiador puede encontrar abundante material para sus propias investigaciones. Se trata, por

tanto, de un libro lúcido, que nos ayuda a entender desde un prisma original y enriquecedor el pasado reciente del País Vasco y Navarra.

Gaizka Fernández Soldevilla
Universidad del País Vasco



MARTÍN DE LA GUARDIA, R.,
1989, el año que cambió el Mundo. Los orígenes del orden internacional después de la Guerra Fría, Madrid, Akal, 2012, 318 pp.

Ricardo Martín de la Guardia, catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Valladolid, es un autor muy reconocido en el campo de la historia de las relaciones internacionales, un ámbito temático en el que ha prestado particular atención a la Europa del Este y a los cambios sobrevenidos, como ocurre con el libro que se está reseñando, a partir de la llegada a la secretaría general del PCUS de Mijail Gorbachov, y de las *revoluciones gloriosas* o de *terciopelo* que en muy poco tiempo, en el otoño de 1989, llevaron al colapso a la dominación soviética en la Europa oriental. A esta amplia problemática ha dedicado numerosas publicaciones, una parte importante de ellas en colaboración con Guillermo A. Pérez Sánchez, no debiendo obviarse tampoco la labor que ha desarrollado al frente del Instituto de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid, promoviendo cursos y actividades (ambos aspectos quedan bien patentes en la bibliografía que acompaña al libro).

Si en el año de 1989 los acontecimientos históricos se aceleraron y, especialmente enton-

ces pero también en el tiempo inmediatamente anterior o posterior varió sustancialmente el orden internacional, ocurriendo cambios de gran trascendencia que no esquivaron a ningún continente: el comienzo del fin del régimen del *Apartheid*, en Sudáfrica; la terminación de las dictaduras de Stroessner y Pinochet en el Cono Sur de América Latina; la extensión del fundamentalismo islámico en Asia, entre otros, se comprenderá bien la utilidad de disponer de un relato de conjunto sobre lo sucedido en una coyuntura histórica tan decisiva y de ofrecer una reflexión autorizada acerca de cómo las repercusiones de aquellos cambios condicionaron el nacimiento de un nuevo orden internacional. El manejo de una amplia bibliografía, con una presencia muy notable de títulos en inglés, alemán, francés, pero también italiano o portugués dan fe de la muy extensa información que el autor ha manejado a la hora de confeccionar su trabajo, que sin duda será muy provechoso, no solo para los estudiosos de las relaciones internacionales, sino también para el lector culto, deseoso de aumentar sus conocimientos acerca de un momento histórico de tanto interés.

Pero el punto de arranque de todo estuvo en la inopinada caída, treinta y ocho años después, en noviembre de 1989, del Muro erigido en Berlín en agosto de 1961, el símbolo por excelencia de la Guerra Fría. Era algo que los mismos dirigentes de la República Democrática Alemana, que acababan de conmemorar en el mes de octubre de aquel año su cuadragésimo aniversario, no habían previsto, no obstante los signos de malestar que se venían expresando: así, la huida de cientos de miles de ciudadanos germanoorientales a la RFA, procedentes de Hungría, que mejor que la actividad de una débil oposición interna, ponía de relieve la inviabilidad económica del régimen y la generalización de su fracaso en los planos político y social, en contraste con la pujanza de la República Federal Alemana, gobernada por la coalición que encabezaba el canciller Helmut Kohl y que se había encaramado al puesto de primer exportador mundial tan solo tres años antes, en 1986.

La reunificación entre las dos Alemanias no estaba en principio prevista, ni siquiera por la oposición al régimen en la RDA. Fue fruto más bien de la presión desde abajo de los muchos manifestantes que desde finales de noviembre, y en calles y plazas de la parte oriental, parecían expresar su aspiración a la unificación con los occidentales, a través del lema «Somos un pueblo». Aunque en un principio dicho paso no estaba en la agenda ni de Gorbachov ni de las principales potencias occidentales ni, parece que tampoco —al menos hasta la caída del Muro—, tal cosa se avizoraba entre los dirigentes de Bonn, lo cierto es que lo imparable y vertiginoso del proceso de deterioro del Partido Socialista Unificado (SED), como máxima instancia de poder en la República Democrática, la falta de atractivo para la población de la plataforma política —una suerte de tercera vía, antiestalinista y anticapitalista— de su heredero, el Partido del Socialismo Democrático, dirigido por el abogado Gregor Gysi, la necesidad urgente de abordar la grave situación económica —estancamiento de la producción, déficit abrumador—, junto con las vacilaciones y bruscos cambios de dirección del gobierno presidido por Hans Modrow, inclinaron aún más la balanza entre la población oriental hacia la reunión con la República federal, identificada con la prosperidad y la abundancia («Nuestra apuesta es Kohl»). Las elecciones celebradas en marzo de 1990 confirmaron esa decisión de los germanoorientales y su nuevo gobierno, presidido por el cristianodemócrata Lothar de Maizière imprimiría un ritmo más rápido al proceso, yendo al encuentro de la decidida política unitaria que estaba impulsando en la RFA el canciller Kohl. Así, y tras el decisivo Tratado interestatal de Unión Monetaria, firmado el 18 de mayo, el 31 de julio de aquel año se rubricó en Berlín el Tratado de Unificación, y el 3 de octubre los *Länder* de la fenecida República Democrática Alemana pasaron a integrarse de pleno en la República Federal. Todo este proceso, desde sus mismos orígenes vino facilitado por la *Perestroika* impulsada por Mijail Gorbachov, para quien la caída

del Muro no resultó tan traumática como podría esperarse, ya que esperaba que la normalización de relaciones entre las dos Alemanias le permitiera fortalecer su idea de la *Casa Común Europea*. Además de que el Gobierno norteamericano se mostró como un firme partidario de la reunificación, y logró imponer sus tesis de que la nueva Alemania quedara sólidamente anclada en el sistema defensivo occidental y sujeta a la influencia estadounidense.

Pero el origen último de las transformaciones sobrevenidas en la Europa central y oriental hay que buscarlo en el acceso al cargo de secretario general del PCUS, en abril de 1985, de Mijaíl Gorbachov, que desde muy pronto imprimió un nuevo estilo y unos nuevos contenidos a la política internacional de la URSS, lo que fue definido en Occidente como *Nuevo Pensamiento*. En esta nueva orientación, la primacía de la revolución mundial que había estado presente desde los orígenes mismos del Estado soviético dejó paso a la búsqueda de la paz, erigida también en principio universal. Lo cierto es que donde más brilló la estrella del nuevo secretario general y donde su figura histórica alcanza un relieve más marcado y positivo fue, justamente, en el ámbito de la política exterior. Sin pretender reducir la causalidad de las grandes transformaciones históricas a la intervención de personalidades excepcionales, lo cierto es que el talante de Gorbachov y la utopía de la *Perestroika* que él impulsó tuvieron la virtud de modificar sustancialmente el campo de juego y de iniciar una nueva y fructífera relación con la otra superpotencia, de colaboración y negociación, que permitió disipar uno de los grandes fantasmas que sustentaron la guerra fría: la amenaza de un conflicto nuclear.

Así, la dialéctica de la confrontación se sustituyó por la de la distensión y la búsqueda de acuerdos, que tuvieron su mejor expresión en la firma del Tratado sobre eliminación de misiles de corto y medio alcance (Washington, 1987) y de otros posteriores en esa línea; en la renuncia a un principio fundamental de la política

soviética en la era Brezhnev, cual había sido el de la *soberanía limitada* que, unido a su decisión de retirar el contingente soviético en Afganistán, daba mayor crédito a su discurso pacifista y a su propuesta, tan publicitada, de la *Casa Común Europea*; en la eliminación de focos de tensión internacional entre las dos superpotencias, como Nicaragua, Vietnam, Camboya o Angola. Y por supuesto, en el recurso a la negociación y no al uso de la fuerza en lo que concierne a la reunificación alemana como paso previo al fin de la Guerra Fría.

El Nuevo pensamiento era solo parte de un proyecto mucho más ambicioso, la *Perestroika*, que pretendía frenar y revertir el grave deterioro de la economía soviética (atribuido en una gran medida al peso inasumible del gasto militar), a la vez que transformar a esta última introduciendo mecanismos que mejoraran su eficacia, todo lo cual se pensaba que vendría facilitado iniciando un proceso paralelo de apertura y reforma políticas que diera más voz a la población y que redujera el poder y privilegios de la *nomenklatura*, a la par que modernizaba las anquilosadas estructuras del PCUS. Es conocido, no obstante, que si bien Gorbachov alcanzó grandes éxitos en su política exterior (es verdad que en varios casos, por la renuncia a sus objetivos últimos), en el ámbito de la política interna, la *Perestroika* se saldó con un profundo fracaso: desmoronamiento del PCUS y de los vínculos que mantenían unidos a los estados de la Unión; una desastrosa gestión económica que condujo a una caída sensible de la renta nacional y a un empeoramiento en la calidad de vida de los ciudadanos; tensiones secesionistas que terminaron con la proclamación de su independencia por una multiplicidad de estados; intento de golpe de estado en agosto de 1991 por parte de las fuerzas nostálgicas del pasado soviético, y disolución de la Unión, tomando el relevo como principal poder postsoviético la Federación Rusa, liderada por Boris Yeltsin. Todo ello es convenientemente analizado en este muy documentado estudio de Martín de la Guardia.

Como lo es también la crisis y transición sobrevenidas en la Europa del Este, que se iniciaron con las sorprendentes (y sorpresivas), *revoluciones gloriosas* ocurridas en 1989 que evidenciaron, más que la fuerza de la oposición interna a los sistemas comunistas por parte de la población de estos países o la influencia de instituciones como las eclesiásticas —con la notable excepción de Polonia—, la descomposición profundísima del propio sistema, cuyos fundamentos económicos se hallaban muy erosionados, y que quedaba a la intemperie al renunciar la URSS al uso de la fuerza y al devolver Gorbachov sus autonomía a los países afectados. Esta rápida desaparición pondría de manifiesto algo entonces impensable: que los efectos sobre la población de las políticas socializadoras habían sido mucho menores de lo que cabía imaginar.

El sentido general de los procesos de transición en estos países (un concepto, el de «transición», con un significado muy diferente, incluso inverso al que hasta entonces se le daba) se basó en un consenso muy extendido entre sus fuerzas políticas y sociales para «retornar a Europa», entendiéndose este regreso como una participación plena en la Unión Europea. Ello implicaba la aceptación de las directrices económicas y políticas por las que se regía la Unión, como eran la economía de mercado y la democratización de las instituciones, lo que explicaría a su vez otro rasgo de estos procesos de transición: el descarte de fórmulas mixtas o de programas fundamentados en «terceras vías» que preservaran una parte de la herencia del socialismo real. Y ello a pesar de las muchas penalidades que comportó para la población este brusco paso, o de la falta de una tradición democrática en buena parte de estos Estados.

El autor analiza el desarrollo particularizado de las mentadas revoluciones y sus diferentes ritmos: más pausado y progresivo en el caso polaco, pues allí el proceso se extendió a lo largo de diez años y más acelerado en el resto, con el caso extremo de Rumanía, donde la revolución se sustanció en unas diez horas (bien es ver-

dad que en el caso rumano resulta dudoso que, al menos en principio, la caída del *Conducător*, se viera seguida por un cambio efectivo de régimen). Se estudia asimismo el proceso de su integración en la Unión Europea, que vino definido por ésta a través de sucesivas cumbres y de la fijación de unos criterios de adhesión (los criterios de Copenhague, 1993), y de la puesta en marcha de programas de ayuda que financiaran la adaptación de sus economías en una serie de sectores clave (PHARE). Dichas políticas, y la decidida voluntad de los países concernidos prepararon lo que sería la cuarta ampliación de la Unión, que requirió también por parte de esta última, repensar y redefinir mejor su Política Exterior de Seguridad Común, incluida ya en el Acta Única Europea de 1986, máxime cuando estos países, en su proceso de acercamiento a Occidente, estaba previsto que se integraran en la OTAN, lo que variaba sustancialmente el mapa estratégico del continente.

Pues la ampliación comportaba el establecimiento de una nueva frontera oriental para la UE y el surgimiento de focos de conflicto en Moldavia y Crimea. También, el de tensiones internas motivados por la reaparición de conflictos fronterizos y étnicos (en relación, en buena medida, con las minorías húngaras), pero que fueron generalmente resueltos gracias a una eficaz presión comunitaria sobre los gobiernos para obligarles a cumplir los criterios de Copenhague. La lamentable excepción al carácter generalmente pacífico de estos procesos de transición vino representada por el caso yugoeslavo, cuya singularidad, remarca el autor, consistió no tanto en la desintegración de la república federativa gobernada por el mariscal Tito, como la guerra atroz (la limpieza étnica) allí ocurrida en los comienzos de la década de 1990 y que solo encontraría un término con los acuerdos de Dayton de noviembre de 1995.

Pero este libro comprende mucho más que un análisis y valoración detallados de las grandes transformaciones ocurridas en el universo soviético y de los países del socialismo real, ya que se

refiere asimismo al impacto de estos acontecimientos sobre la otra superpotencia, los EE. UU., que se vio catapultada al liderazgo mundial, pero también, a impulsar una suerte de gobernanza global, que diera más campo de juego a otros países e instituciones internacionales. Repasa también el fin de siglo en el continente europeo, marcado por políticas como el *thatcherismo*, por el comienzo del fin de la violencia en Irlanda del Norte (Declaración de Downing Street, 1993); por la disolución, en Italia, en 1991, del histórico Partido Comunista Italiano, y la fundación del PDS; por la creación de la Unión Europea tras la firma del Tratado de Maastricht, en 1992, que vendría seguida de una nueva ampliación, hecha posible por el fin de la Guerra Fría, hacia el centro y norte del continente, o, en fin, por la celebración de la Conferencia Euromediterránea (Barcelona, 1995), para abordar los retos que se planteaban en la frontera sur de la Unión.

Señala Martín de la Guardia, no obstante, que la ilusión de un nuevo orden mundial como consecuencia del fin de la Guerra Fría y del enfrentamiento entre bloques, pronto empezaría a difuminarse, al intensificarse las tensiones en el mundo islámico, con focos de especial actividad como el Oriente Medio donde las buenas expectativas de resolver la cuestión palestina propiciadas por la Conferencia de Madrid, de 1991 y, más aún, los acuerdos de Oslo (agosto de 1993), se verían trágicamente dinamitadas por el asesinato, en 1995, de Isaac Rabin. Otro de los principales factores de desestabilización en la Posguerra Fría vino representado por el auge de los islamistas radicales, a raíz de la Guerra de Afganistán (caldo de cultivo de una verdadera internacional islamista), en gran medida gracias al apoyo inicial norteamericano; por las iniciativas belicosas del presidente de Irak, Sadam Hussein, que fueron replicadas por la Guerra del Golfo, de 1991, un conflicto, por otro lado, que puso término a un mito político heredado de la descolonización, el del *panarabismo*. En el Extremo Oriente, quizá lo más notable fue la represión sobre los opositores chinos ejemplifi-

cada en la matanza de la plaza de Tiananmen, en 1989, que vino seguida por la caída en desgracia del reformista Zhao Ziyang y la reafirmación de la línea –liberalizadora en lo económico, pero manteniendo el control omnímodo del Partido en lo político–. de Deng Xiaopiong, que no estaba dispuesto a imitar en la República Popular China el experimento de Gorbachov.

El autor se ocupa también de estudiar la situación de África en el final de la Guerra Fría, puntuada por la explosión islamista en el Magreb y, muy especialmente en Argelia, tras la victoria del FIS a finales de diciembre de 1991. Pero también por la proliferación, en el África Subsahariana de lo que se ha dado en llamar «Estados fallidos», en donde encajarían casos como los de Somalia, Angola o Mozambique. En cualquier modo, las esperanzas de un cambio político se frustraron en muchos países africanos, en donde la existencia de un pluripartidismo no llegó a garantizar una democracia efectiva ni una estabilidad política, como puso de manifiesto el caso de Sudán. Es cierto que el fin de la Guerra Fría alimentó la esperanza de poner fin a algunos conflictos endémicos, como los que se libraban en Etiopía o en Angola y de poner fin al régimen racista sudafricano. Pero no deben olvidarse asuntos tan graves como el asesinato masivo, en Ruanda, de la minoría tutsi (1994), que significó un fracaso palmario de las políticas humanitarias de la ONU. Y este repaso sistemático se completa con una mirada a América Latina que, en este caso, sí que comenzó a dar pasos firmes hacia una normalidad democrática (final pacto de las guerrillas en Centroamérica, retirada de Augusto Pinochet, en Chile; golpe de estado en Paraguay, que dio por tierra con la dictadura de Alfredo Stroessner...). El libro finaliza con unas interesantes consideraciones del autor en torno a lo que titula como «el nuevo orden/desorden internacional».

Rafael Serrano García
Universidad de Valladolid